

Sobre la caracterización del Cid: rasgos de la melancolía y del duelo

Wilnomy Zuleyka Pérez Pérez
(Harvard University)

No es un secreto que el temperamento del héroe medieval del *Cantar de mio Cid* es uno de los atributos que lo caracteriza. Un héroe que a diferencia de sus contemporáneos se distingue por la mesura, el comedimiento y, tal vez, la prudencia ante una situación límite. Su carácter parece templarse y sus acciones responden al análisis profundo de las causas y efectos de sus actos. Jorge N. Ferro, en "El concepto de 'mesura': una cuestión de analogía", hace una radiografía en la literatura medieval del tema de la mesura y afirma que "no basta considerar la noción de "mesura" simplemente aplicada en el sentido de cortesía o buenas maneras, aunque ciertamente es legítimo este uso" (125). Ferro propone que la mesura en la Edad Media era entendida mediante la siguiente analogía, "Dios crea la realidad que conocemos, y pone en ella sentido" (126). Así pues, conviene ver si el temperamento del Cid solo se explica desde esta propuesta de Ferro, donde Dios es el ente ordenador, y el ser humano asume y convive con el orden establecido o si hay algo más, otras razones que explican el temperamento del Cid. Por su parte, Alberto Montaner, en "Tal es la su *auze*: el héroe afortunado del *Cantar de mio Cid*", insiste en ver la figura del Cid como héroe medido, pero también agraciado por el *auze*, que implica fortuna según Montaner analiza desde el árabe.

Coincidir con la crítica en que el Cid es el prototipo de la mesura es casi obligatorio. La lectura que propongo sobre los rasgos que caracterizan al personaje no pretende erigirse como unívoca, sino que esgrime un nuevo marco para atender al personaje en toda su complejidad. En consecuencia, urge prestar atención a las reacciones del Cid en momentos límites, en episodios en que se pone a prueba su temperamento y en que su estabilidad o la de su familia es amenazada.

La tristeza del Cid prima en la obra y sus lamentos son recurrentes, y su única motivación es recuperar lo perdido. Por lo mismo, conviene acercarse al Cid desde la teoría que Sigmund Freud propone en "El duelo y la melancolía", pues el Cid parecería enmarcarse en el perfil de un melancólico, entendido como aquel que es movido por la pérdida, hecho que lo iguala a quien sufre un duelo¹. No obstante, hay que aludir, explorar y sintetizar lo que se ha dicho de la melancolía desde tiempos de la patrística cristiana, en la que se le denominaba *acedia*, del latín *acidia*, y luego avanzar en los siglos buscando aquellas nociones que ayuden a analizar con profundidad el complejo temperamento del Cid.

Las nociones sobre la melancolía son diversas y varían según las épocas. Giorgio Agamben, en *Estancias*, recorre la multiplicidad de acepciones y comienza por afirmar que en un momento de la historia la melancolía fue "peor que la peste" y que estaba entre los siete pecados

¹ Soy consciente que el marco que utilizo en el presente estudio provoca debate entre la crítica. Sin embargo, quiero hacerme eco de las palabras de Jane Hawking, en "Madre Celestina", sobre el estudio de otra obra del medievo, *La Celestina*: "It is a generally accepted practice to apply the terminology of modern criticism to *La Celestina* and indeed there is no reason why such concepts as realism and psychological penetration should not be applied to medieval works simply because the expressions denoting such concepts were not to be found in the vocabulary of the medieval author. The character of man and his reactions to certain stimuli have changed little over the centuries: it is merely his knowledge of himself and his ability to explain himself which have increased and improved" (177). También quiero rescatar las palabras de T.R. Hart, quien al estudiar la trascendencia de los Infantes de Carrión señala en su artículo "The Infantes de Carrión" lo siguiente: "For it is precisely the Infantes' lack of self-restraint, their failure to behave reasonably, which is central to an understanding of their personalities and central to the structure of the poem" (22-23).

capitales y luego de San Gregorio estos se funden y se tratan como Tristitia-Acedia (23). Añade que los padres de la Iglesia nombran a la muerte que induce en el alma como "acedia, tristitia, taedium vitae, desidia" (23). Tales denominaciones y descripciones muestran cómo la melancolía se asocia con lo más interior del ser humano, el alma. Vinculada a esferas tan sensibles era de esperar que estuviera tan mal vista, como si fuera un pecado, como si ya no se tratara de un padecimiento totalmente involuntario, sino que era opción de quien mostrara tenerla. Sin embargo, importa muchísimo que a la melancolía o acedia se le considere "la muerte del alma", pues desemboca en una persona desalmada, que vaga sin aparente vida. Tan espantosa era la percepción de la patrística cristiana de la acedia que pensaban que implicaba la muerte en vida de una persona.

Agamben también menciona que "una antigua tradición hermenéutica hace de ella el más letal de los vicios, el único para el cual no hay perdón posible" (24). Aunque Agamben no especifica a qué tradición se refiere, sí hace latente la pésima percepción que esta tradición tenía sobre la acedia y, sobre todo, cómo la vinculan siempre con el pecado, con la muerte del alma y con la perdición del alma, pues esto conllevaría el no tener perdón. No cabe duda de que la patrística se hizo cargo de crear una "alucinada constelación psicológica de la acedia" (27). La fenomenología medieval de la acedia representa, según Agamben, la fuga del hombre ante la riqueza de las propias posibilidades espirituales (31).

La insistencia en vincular al espíritu con la acedia también estuvo en Santo Tomás y su *Quaestio Disputata*. Allí, según Mauricio Echevarría, en "La acedia y el bien del hombre en Santo Tomás", este último afirmaba que "la acedia provoca dos tipos de reacciones en el alma del que la sufre: huir de lo que le causa tristeza o acallar con otros placeres" (18). Esta afirmación que recoge Echevarría de Santo Tomás será una de las medulares en el presente estudio a la hora de analizar cómo se ubica el Cid como posible melancólico. Tanto huir como acallar son posturas determinantes en quien padece acedia, y en el Campeador también lo son.

Pasado algún tiempo, la visión sobre la melancolía fue transformándose y se llegó a vincular a los llamados humores. Esto lo recoge Andrés Velásquez, en su *Libro de la melancolía*, quien siguiendo a Galeno también intenta definirla, "melancholía en su primer significado quiere decir y significa uno de los cuatro humores que naturalmente se engendran en el hígado para nuestra nutrición; éste de su temperamento es frío y seco" (102). Huarte de San Juan, en su indispensable *Examen de ingenios*, afirma que la melancolía hace al "entendimiento más agudo y perspicaz" (332). En el caso del Cid conviene pensar en esta afirmación de Huarte puesto que el Campeador se consolida como estrategia militar aun habiendo pasado el destierro.

Otra de las características o fenómenos que produce la melancolía, según Christine Orobítg, en "Melancholia e inspiración en la España del Siglo de Oro", es lo que Platón llamaría el "furor inspirado" (18). Orobítg sostiene que Aristóteles en algunas instancias de la *Divinatione per somnum* afirma que los melancólicos pueden tener sueños proféticos (18). También Marsilio Ficino, en *De vita libri tres*, según Orobítg documenta, sostenía que "cierto tipo de melancolía engendra un éxtasis en el cual el espíritu se eleva y recibe el influjo divino, lo que le permite profetizar y descubrir ideas o saberes que jamás había dominado antes" (19). Imposible no pensar en el sueño profético que tiene el Cid poco antes de comenzar su destierro. Sobre este y otros pasajes es preciso enfocar el análisis dado el temperamento del Cid y la proclividad que tiene a presentarse como un héroe sensible. Asimismo, es necesario recorrer las instancias en que el Cid pone de manifiesto sus emociones² puesto que las mismas siempre van acompañadas de

² Para ver un estudio sobre el comportamiento del Cid y sus sentimientos es preciso consultar "Los sentimientos del Cid", de Aurelio González. Una propuesta fundamental de González en el mencionado estudio es que "la presencia

descripciones pormenorizadas tanto del Cid como de su entorno; y todo lo anterior ayudará a contar con los elementos de juicio para siquiera poder acercarse a intuir el perfil emocional, quizá sintomático, del protagonista.

Una mirada al duelo y a la melancolía según Freud

Sigmund Freud, en su ensayo "El duelo y la melancolía", elabora toda una teoría que se sustenta en el análisis del cuadro total de estas dos afecciones. Freud intenta exponer cómo tanto el duelo como la melancolía pertenecen a "una clase íntegra de afecciones" (241). La teoría que desarrolla Freud parte de que "el duelo es por regla general, la reacción frente a la pérdida de una persona amada o de una abstracción que haga sus veces, como la patria, la libertad, un ideal" (241). Cabe señalar que el Cid pierde la patria pues es desterrado, y en la medida en que no se le permite permanecer donde este hubiera preferido también pierde la libertad.

El padre del psicoanálisis encuentra el punto de convergencia precisamente en este hecho: tanto el duelo como la melancolía se caracterizan por la pérdida. Más aún, Freud sostiene que en el caso de la melancolía esta "puede ser reacción frente a la pérdida de un objeto amado; en otras ocasiones, puede reconocerse que esa pérdida es de naturaleza más ideal" (243). La pérdida de naturaleza más ideal es la que podría observarse en el caso del Cid y, sin duda, es el favor del rey. Esta es la pérdida que sufre el Cid y es la que va a determinar todos sus pasos a seguir a través del poema. Para el Cid resulta devastadora esta pérdida pues, a su vez, supone la pérdida de la patria, la tierra, la honra y la familia. El Cid, como se verá en detalle, es un personaje dolido y movido por esta pena, y es gracias a ella que conocemos la gesta del campeador.

El Cid campeador a otra luz: la pérdida

Tras recorrer las nociones sobre la melancolía e incluir la teoría de Freud respecto a la misma, conviene plantearse una serie de preguntas. Las siguientes preguntas funcionan como punto de partida ante el verdadero acertijo que supone acercarse al personaje del Cid, figura que aunque se distingue por demostrar mesura hasta en la mayor adversidad aún conserva un perfil psicológico que no ha sido del todo descifrado.

Entonces hay que preguntarse si es posible hacer una lectura melancólica del Cid. Dirimir qué aspectos del Cid caen dentro del perfil melancólico. ¿Cómo se puede ver la importancia del objeto perdido en el Cid? ¿Realmente pierde el favor del rey? Si esta pérdida es, como explica Freud, caracterizada por la muestra del deseo, ¿el objeto del deseo necesita seguir siendo inasible? ¿Esa pérdida es la que le permite seguir su gesta? ¿Cuánto hace por permanecer en este estado de aparente desgracia? Si en efecto hay una pérdida, conviene explorar cómo funciona en el personaje central del *Cantar de mio Cid*.

La desgracia del Cid queda establecida en las primeras tiradas del *Cantar*:

Sospiro mio Çid ca mucho avie grandes cuidados.
 Fablo mio Çid bien e mesurado:
 ¡Grado a ti, señor, padre que estas en alto!
 ¡Esto me han buelto mis enemigos malos!³ (vv. 6-9)

de sentimientos en el personaje del Cid lo redimensiona como personaje, lo aproxima al receptor y le da una mayor trascendencia humana" (109).

³ Las citas que incorporo del poema han sido tomadas de la edición del *Poema de Mio Cid* de Colin Smith. En adelante sólo indicaré entre paréntesis el número de los versos.

El Cid se siente agraviado y habla de la afrenta que ha sufrido por culpa de sus “enemigos malos”, quienes lo han vuelto en un desterrado. Dato que queda corroborado pues este le dice a su leal compañero Alvar Fañez, “ca echados somos de tierra” (v. 14). De este modo, desde las primeras tiradas se recalca el desposeimiento del Cid tras la ruptura con el rey Alfonso:

Convidar le ien de grado mas ninguno non osava;
 el rey don Alfonso tanto avie la grand saña,
 antes de la noche en Burgos del entro su carta
 con gran recabdo e fuerte mientre sellada,
 que a mio Çid Ruy Diaz que nadi nol diesse(n) posada (vv. 21-25)

Un rey airado y con saña manda recado al Cid diciéndole que debe abandonar el reino. De hecho, quiero rescatar un fragmento de la *Crónica de veinte reyes*, según editada por Brian Powell, "Enbio por sus parientes e sus vasallos, e dixoles como el rey le mandava sallir de toda su tierra, e que non daba de plazo mas de nueve dias" (114a)⁴. Estas palabras vuelven a constatar la ruptura del Cid y el rey, es decir, el momento en que el Cid pierde el favor del rey.

Se trata pues de una pérdida que implica no sólo el inminente destierro, como se ve en el *Cantar*, sino que desata un cambio profundo en el ánimo y la proyección del Cid. Debido a esta pérdida el Cid proyecta tristeza, desesperanza y, más aún, visos de melancolía⁵. Esta pérdida condiciona el ánimo, las emociones y las acciones del Cid. El curso de su empresa parte de esta pérdida, del despojo de la "gracia". La pérdida del favor del rey implica el desencadenamiento de otras tantas. Pierde su familia, pierde el honor, pierde su terruño. La carta o misiva “fuerte mientre sellada” del rey es la noticia del desposeimiento en que cae la figura principal del poema. Aquello que no posee el Cid es convertido en el objeto de "aparente deseo", así lo calificaría Freud.

No obstante, hay que ver si el Cid muestra algún tipo de resistencia a perderlo todo.

Grande duelo avien las yentes christianas;
 asconden se de mio Çid ca nol osan dezir nada.
 El Campeador adeliño a su posada;
 Asi commo lego a la puerta falola bien cerrada
 por miedo del rey Alfonso que assi lo avien parado
 que si non la quebrantas por fuerça que non gela abriesse nadi. (vv. 29-34)

La acción inmediata del Cid es una resistencia a perderlo "todo" ya que busca consuelo en sus parientes y vecinos, en fin, en las “yentes christianas”. Al buscar compañía, a su vez, admite

⁴ Powell, Brian. *Epic and Chronicle : the Poema de Mio Cid and the Crónica de Veinte Reyes*. Modern Humanities Research association, 1983.

⁵ En este punto quiero traer las palabras de Alberto Montaner, en “*Tal es la su auze: el héroe afortunado del Cantar de mio Cid*”, puesto que señala que en el *Cantar de mio Cid* “no hay lugar para el regodeo melancólico” (91). De hecho, más tarde en el artículo argumenta que “la característica de la mesura cidiana no conduce a la parálisis, sino, por el contrario, se traduce en dinamismo. En este poema optimista, el héroe no puede caer en la acedia, los obstáculos son para él (y en esto se aparta del patrón épico) un poderoso estímulo. Precisamente, su condición de *bien auzado*, de *mubârak*, permite eliminar cualquier sospecha de que un exceso de prudencia pueda llevar a la inacción” (102). Es evidente que Montaner se refiere al concepto de la acedia según manejado por algunos representantes de la patrística cristiana, donde la acedia sí conducía a la inacción, como ya he expuesto. Sin embargo, el análisis que propongo explora tanto la melancolía como el duelo como aquello que no sólo caracteriza al Cid, sino que lo mueve como personaje.

la vulnerabilidad en que queda expuesto. El Cid está en su peor momento anímico. Dicha vulnerabilidad queda grabada en las palabras que le dice la niña de tan sólo nueve años que le comunica al Cid que no obtendrá el consuelo.

Una niña de nuef años a ojo se parava:
 ‘¡Ya Campeador en buen ora çinxiestes espada!
 El rey lo ha vedado, anoch del entro su carta
 con grant recabdo e fuerte mientras sellada.
 Non vos osariemos abrir nin coger por nada;
 si non, perderiemos los averes e las casas
 e demas los ojos de las caras. (vv. 40-46)

En voz de una niña queda comunicada al Cid la veda del rey y la clara intención de todos a no dar alojamiento ni ayudar al Campeador. Una niña, con todo el imaginario de la inocencia que implica la niñez, es quien recalca al Cid su estado *non grato* tras la culpabilidad que le adjudica el rey. De hecho, acto seguido la niña vuelve a su casa y el *Cantar* prosigue con: “Ya lo vee el Çid, que del rey non avie graçia” (v. 50). La desolación invade el *Cantar* y al Cid, y este último necesita sentir que algo le queda, a pesar de haber perdido “gracia” o el favor del rey. Todo parecería indicar que al Cid no le es posible continuar solo pues busca la presencia y el favor de otros, y al admitir esto reconoce la importancia del luto tras el “objeto perdido”.

De hecho, el Cid consigue no quedarse solo y las figuras de Martin Antolinez y, sobre todo, de Alvar Fañez se erigen para ser el epítome de la lealtad en contraposición a la figura del rey, quien parecería contener o representar la traición. De hecho, el Cid subraya la fidelidad del Martin Antolinez muy pronto:

‘¿Venides, Martin Antolinez, el mio fiel vassalo?
 ¡Aun vea el día que de mi ayades algo!’
 ‘Vengo, Campeador, con todo buen recabdo...’ (vv. 204-206)

Se trata pues de una relación vasallática en la que el Cid remarca la fidelidad de su vasallo, Martin Antolinez. En otras palabras, “Ante la pérdida del rey, la ganancia del soldado”, y esta vez por partida doble, es decir, tanto de Martin como de Alvar. Sin embargo, ninguno remedia el objeto perdido, que sigue siendo el rey. La aparición de Alvar Fañez es tan solo un eslabón necesario para conseguir la recuperación del objeto perdido. De hecho, el Cid prosigue su salida y se dirige en oración a Dios volviendo a recordar su ruptura con el rey.

D’aquí quito Castiella pues que el rey he en ira;
 non se si entrare i mas en todos los mios días (vv. 219-220)

Si bien el Cid se encuentra con sus caros amigos quienes le han profesado su intención de serle fieles y leales, el Campeador vuelve a subrayar el hecho de que el rey está airado, que lo ha desterrado pues no sabe si volverá a entrar más a Castiella en lo que le resta de vida. En *El “Cantar de Mio Cid” y la épica medieval española*, Alan Deyermond subraya el hecho de que si bien al héroe lo caracteriza su medida, “el Cid deja su pueblo sin saber si volverá nunca” y, por tanto, tiene que hacer frente a la “ignominia” (24). Por tanto, la oración del Cid transmite la pérdida que siente y la desesperanza que lo habita. Es evidente que en el poema se exalta la amistad, el vasallaje

y la lealtad, pero entre el Cid y sus vasallos. Podría decirse que estas tres palabras resumen la pérdida que ha sufrido el Cid con el rey, de quien el Campeador se habría considerado leal vasallo y amigo "caro". Ahora es su dolor lo que prima.

Dolor por lo perdido

El dolor por lo perdido puede captarse desde el primer verso del Cid en su llanto, "De los sos ojos tan fuerte mientras lorando" (v. 1). El sufrimiento del Cid está magistralmente resumido en este verso. Los ojos, el espejo del alma, son la fuente de concentración de todo el dolor. Pero es un llanto mudo, en silencio, hacia adentro, aunando en sí mismo toda la frustración, la imposibilidad, la desolación de la que es presa el héroe. Lucha el Cid con su realidad, con su pérdida, con el arrebatamiento de su alegría para caer en una *tristitia* profunda. No es casualidad que se presente tan devastado al Cid ya que el luto que lo envuelve ocupa un primer plano. El poema muestra a un héroe que tiene que salvarse a sí mismo. El héroe es la víctima, es el agraviado, es el desposeído que sufre la pérdida de un objeto, en este caso el favor del rey, lo que lo convierte en una figura melancólica.

Pero el autor de estos versos no vacila en las descripciones del Cid, y la tristeza del campeador ocupa un primer plano, "tornava la cabeça y estava los catando" (v. 2). El sufrimiento del Cid sigue ocupando el primerísimo plano y tal parecería que sus ojos también pues "estava los catando". Su mirada columbra lo perdido, contempla aquello que le fue obligado a renunciar. Su mirada se regodea en el sufrimiento. Absorbe la pena de la realidad de su estado: un triste desterrado a quien invade la melancolía.

Pero la continuidad del marco devastador del Cid no ha terminado, "Sospiró mio Çid, ca mucho avie grandes cuidados" (v. 6). El "sospiró"⁶ puede entenderse como un respiro fuerte, igual de fuerte que el llanto con el cual comienza la primera tirada, "tan fuerte mientras lorando". Por lo mismo, tenemos una respiración profunda, fuerte, honda, llena de sufrimiento de un héroe que se contiene de rabiar y se acalla con un suspiro que podría anteceder al gemido iracundo. ¿Cuánto dolor guarda en su interior el Cid? La medida que caracteriza a este héroe es su mejor aliada o, por el contrario, provoca que sufra más intensamente su dolor, rayando en la melancolía por no poder expresarlo.

Acaso es el Cid el héroe que sufre en silencio, ¿pero por qué lo hace? Sumido en su silencio tras la pérdida y el desposeimiento decide callar, ensimismarse y no expresar abiertamente su tristeza. Ya se ha mencionado que esta opción por "acallar" la menciona Freud como parte de quien sufre la melancolía. Freud añade que quien pierde un objeto intenta acallar "con otras pasiones" su deseo, y en el caso del Cid esa pasión podría verse en sus ansias desmedidas por pelear y conquistar tierras. Esto tampoco se aleja mucho del objeto de su deseo original, el favor del rey, pues el Cid vuelca sus deseos por las conquistas, pero estas también significan la complacencia del rey. Sin duda, Freud indicaría que el deseo por el objeto perdido sigue perpetuándose en el melancólico mucho tiempo después.

En este estado de desposeimiento total reaparece Alvar Fañez y el Cid le dice "¡Albrĩa, Albar Ffañez, ca echados somos de tierra!" (v. 14). Después de suspirar y en plena desolación, el

⁶ Sobre este suspiro del Cid, Irene Zaderenko, en su estudio "Plegarias y fórmulas devotas en el *Poema de Mio Cid*", señala que es "esta es la única ocasión en que el Cid suspira antes de decir una oración. El momento es difícil, pero la plegaria de Rodrigo es un acto de profunda resignación cristiana así como una muestra de confianza en que, con la ayuda de Dios, va a poder sobreponerse a todos los obstáculos y adversidades" (222). Coincido en que se trata de un suspiro fundamental, pero para entender la caracterización del personaje no coincido en que se trate de resignación, sino de la muestra de un profundo sufrimiento ante la pérdida, una muestra de dolor ante la afrenta que sufre.

Cid se dirige a Alvar Fañez y así resurge la figura del ícono de la lealtad, la esperanza personificada del Cid. El héroe comparte con Alvar Fañez la tristeza y la pérdida de su hogar al decir "ca echados somos de tierra". Esa inclusión en la tercera persona del verbo "ser" implica que Alvar Fañez también es "exido", que también puede padecer la tristeza del destierro. En un acto de solidaridad, Alvar Fañez se apresta a servir al Cid y a no abandonarlo, surgiendo así como el contrario del rey. La presencia de Alvar Fañez es un intento de sustituir el "objeto perdido" pero no sacia el "deseo" del Cid pues, aunque parecería compartir su tristeza, la realidad es que la sigue padeciendo y más fuerte que nunca.

El dolor del Cid, que a su vez comparte Alvar Fañez, se sigue haciendo evidente incluso mucho más tarde en el *Cantar* al poner en claro su más profundo deseo en boca del mismo Alvar,

Pensemos de ir nuestra via, esto sea de vagar.
Aun todos estos duelos en gozo se tornaran (vv. 380-381)

Los duelos de Alvar son los duelos del Cid. El objeto perdido se convierte en el objeto de deseo, tal como lo diría Freud. La imagen melancólica en el poema se extiende pues el propio amigo confiesa lo que anhela, recuperar lo perdido. Ni al Cid ni a su leal Alvar va a motivarles nada que no sea recuperar lo perdido.

De hecho, quiero subrayar este aspecto casi mimético de cómo funciona la melancolía en el poema. Es decir, llama la atención el hecho de que desde el inicio del *Cantar* la melancolía del Cid parecería ser contagiosa, pues "plorando de los ojos tanto avien el dolor" (v. 18). Por tanto, Alvar Fañez no es el único que sufre con el Cid, más aún el llanto y la tristeza del Cid parecería contagiar toda la tierra que pisa pues los burgaleses lo reciben llorando. El estado de tristeza del Cid no tiene parangón. Así también el duelo parecería ser contagioso ya que "grande duelo avien las yentes cristianas" (v. 29). He aquí la primera mención del duelo y está atribuido a quienes miran al Cid. Parecería que cuantos ven al Cid se contagian de la tristeza por su pérdida, y hasta se condolecen y sufren el duelo ajeno.

No obstante, en el único momento en que el Cid no siente la condolencia de los demás es cuando deja aflorar el coraje y en un breve arrebato golpea una puerta.

Aguijo mio Çid a la puerta se legava,
sacó el pie del estribera, una feridal dava (vv. 37-38)

El Cid experimenta un cambio de humor drástico pues del estado melancólico y sufrimiento por el duelo pasa a la rabia y en un arranque de ira brevísimo, pero difícil de pasar por alto por el tono que primaba. El Cid se exaspera y muestra coraje. ¿A qué se debe la volatilidad? ¿Este repentino enojo es característico de un melancólico? En efecto, Freud señala que es propio del melancólico "esa hostilidad que recae sobre un objeto y subroga la reacción originaria del yo hacia objetos del mundo exterior" (249). Por un breve lapso, el Cid deja escapar de sí su frustración con el objeto perdido, que es en el fondo consigo mismo, y la vuelca en ese objeto exterior, la puerta. Esa reacción del Campeador no es aleatoria sino representativa del debate interior que estaba padeciendo.

Este dato sobre la puja que se da en el interior del Cid lleva a otra de las posturas de Freud, "él ha sufrido una pérdida en el objeto; pero de sus declaraciones surge una pérdida en su yo" (245). Una y otra vez, el Cid menciona su destierro, por ejemplo, "D' aqui quito Castiella pues que el rey he en ira" (v. 219). Esta constante mención de su desgracia como parte intrínseca de una

realidad que incide en la escisión de sí mismo es una constante en la obra. El destierro, la pérdida de su tierra, del favor del rey, es en el fondo una pérdida de aquello que lo define. El Cid siente el peso de la ira del rey sobre sus hombros y esto redundando en el "desagrado moral con el propio yo" (245). Esto se ve en el intento desmedido por parte del Cid en conquistar tierras y regalar al rey una parte del botín. En fin, parecería que la pérdida del objeto del deseo, es decir del favor del rey, lleva al Cid a concentrar todos sus esfuerzos en reconciliarse con el rey o, en última instancia, como diría Freud, en reconciliarse consigo mismo.

Freud sintetiza su propuesta en que "hubo una elección de objeto, una ligadura de la libido a una persona determinada; por obra de una afrenta real o un desengaño de parte de la persona amada sobrevino un sacudimiento de ese vínculo de objeto" (246). Las palabras de Freud pueden aplicarse al caso del Cid puesto que el rey y el Campeador están ligados en una relación vasallática, pero ocurre una "afrenta real o un desengaño" en donde el rey al creerse traicionado castiga al Cid tan fuertemente como puede; y el Cid, a su vez, se siente traicionado y ocurre un "sacudimiento de ese vínculo", léase que ocurre una ruptura donde el Cid se ve obligado a salir del reino totalmente desposeído. Por lo mismo, esta serie de instancias en que el Cid insiste en traer a colación que ha sido objeto de la ira del rey es característico del melancólico pues, según Freud, "se tiene en la mano la clave del cuadro clínico si se disciernen los autorreproches como reproches contra un objeto de amor, que desde este han rebotado sobre el yo propio... sus quejas {Klagen} son realmente querellas {Anklagen} (246). Más aún, Freud añade al referirse a los melancólicos que "ellos no se avergüenzan ni se ocultan: todo eso rebajante que dicen de sí mismos en el fondo lo dicen de otro" (246). El recordatorio constante de que la situación y las acciones del Cid encuentran su origen en el vejamen que ha sufrido es típico del discurso del melancólico ya que, según Freud, estos "se muestran siempre como afrentados y como si hubieran sido objeto de una gran injusticia" (246). Parecería que el Cid concuerda en gran medida con el perfil de un melancólico que propone Freud.

Aunque ya he podido explorar el perfil melancólico del Cid, queda por ver una de las características que en su momento propuso Platón, como ya se mencionó, sobre el furor imaginativo y que más tarde retoma Aristóteles, en *Divinatione per somnum*, pues este último señala la posibilidad de que al melancólico le acontezcan sueños proféticos.

Un sueño priso dulce, tan bien se adurmio.
 El ángel Gabriel a el vino en [visión]:
 ‘Cavalgad, Çid, el buen Campeador,
 ca nunqua en tan buen punto cavalgo varón;
 mientras que visquieredes bien se fara lo to.’
 Quando desperto el Çid la cara se santigo;
 sinava la cara, a Dios se acomendo. (vv. 405-411)

En el caso, del *Cantar de mio Cid*, en la tirada 19 se recoge lo que parece ser un sueño profético pues el Cid duerme y "un sueño priso dulce, tan bien se adurmio" (v. 405). Pero no es un sueño común ya que "el ángel Gabriel a el vino en vision" (v. 406). De este modo, el Cid, que en esos momentos acababa de ser desterrado, comenzaría a buscar los medios para llevar a cabo su empresa y experimenta un sueño visionario en el que nada menos que el propio ángel Gabriel viene a traer buenas nuevas y le asegura un futuro alentador,

‘Cavalgad, Çid, el buen Campeador,

ca nunca en tan buen punto cavalgo varón;
mientras que visquieredes bien se fara lo to.’ (vv. 407-409)

Así pues, es esta instancia la única en el *Cantar de mio Cid* en que el Campeador tiene un episodio semejante, pues puede ver el futuro y una aparente felicidad le aguarda. Sería posible pensar en este episodio desde el lente platónico que lo explicaría como “furor imaginativo”, aunque sería más preciso verlo desde Aristóteles y la posibilidad de que sea un “sueño profético”. En cualquier caso, se trataría de una característica propia de un melancólico.

Apuntes finales

En este estudio he intentado descifrar la complejidad del carácter, del temperamento y de la caracterización de la figura principal del *Cantar de mio Cid*. No se ha tomado nada por sentado y se han visto constatados con el texto los múltiples matices del temperamento del Cid. Proponer a un Cid melancólico, no va atado a verlo como una figura encerrada en un claustro y viviendo en la enajenación dada su pena, sino que ha sido necesario explorar las descripciones pormenorizadas del Cid en el poema, sus reacciones y sus vínculos para poder tener más claro sus rasgos melancólicos. La teoría expuesta por Freud en la cual liga el luto con la melancolía es, sin duda, el refuerzo final para poder analizar a una figura cuya vida cambia totalmente tras la pérdida. Esa pérdida del objeto del deseo es la que rige los pasos del Cid y, en última instancia, lo define.

Se trata pues de echar nueva luz sobre un personaje central en la literatura española cuyo carácter predominantemente mesurado ha sido motivo de asombro. Ahora es posible ver al Cid al calor de otras posibilidades que ayuden a entender mejor los rasgos de un héroe que si bien se destaca en batalla como aguerrido caballero, también muestra su lado humano al sufrir y llorar en silencio la pérdida de sí mismo. Al perder el favor del rey, el Cid ve cómo se desata una reacción en cadena pues pierde a su familia, pierde su tierra, pierde todo lo que lo definía como individuo. Pensar que el Cid pudo sobrellevar esta carga sin mella alguna en su temperamento es pensar que el texto principal de la literatura en castellano tiene protagonista solo a un guerrero ajeno a padecer con sufrimiento y lágrimas la mayor afrenta: perderse a sí mismo, dejar de ser. Un valle de lágrimas es el mejor escenario que pudo dar inicio a la historia de un héroe que antes que ser guerrero es un ser humano.

Obras citadas

- Agamben, Giorgio. *Estancias: La palabra y el fantasma en la cultura occidental*. Trad. Tomás Segovia. España: Pre-Textos, 1995.
- Conde, Juan Carlos. Edición del *Cantar de mio Cid*. Madrid: Austral, 1999.
- Deyermond, Alan. *El "Cantar de mio Cid" y la épica medieval española*. Madrid: Sirmio, 1987.
- Echeverría, Mauricio. "La acedia y el bien del hombre en Santo Tomás". *Revista electrónica mensual del Instituto Universitario Virtual Santo Tomás e- aquinas*. Año 2, Enero 2004: 13-34.
- Ferro, Jorge N. *El Concepto De ' Medura': Una Cuestión De Analogía*. Buenos Aires, Argentina: Buenos Aires, Argentina: Facultad de Filosofía y Letras, Pontificia Universidad Católica Argentina, 1999.
- Freud, Sigmund. *Obras completas Sigmund Freud: Ordenamiento, comentarios y notas de James Strachey con la colaboración de Anna Freud, asistidos por Alix Strachey y Alan Tyson*. Trad. José L. Etcheverry. Vol. 14 (1914-16). Argentina: Amorrortu editores, 1975.
- González, Aurelio. "Los sentimientos del Cid." *Olivar (La Plata)* 8.10 (2007): 107–18.
- Hart, Thomas R. "The Infantes de Carrión." *Bulletin of Hispanic Studies (Liverpool : Liverpool University Press : 1996)* 33.1 (1956): 17-24.
- Hawking, Jane. "Madre celestina." *Annali – Sezione romanza* 9 (1967):. 177-190.
- Hippocrates. *La Malattia Sacra*. Venezia: Venezia : Marsilio, 1996.
- Huarte, Juan. *Examen De Ingenios; Obra Escrita En 1575*. Ed. Federico Climent Terrer. Barcelona: Barcelona, Parera, 1917.
- Alberto Montaner Frutos. "Tal es la su auze: El héroe afortunado del Cantar de Mio Cid." *Olivar (La Plata)*, vol. 8, no. 10, Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educacion, 2007, pp. 89–106.
- Orobitg, Christine. "Melancolía e Inspiración En La España Del Siglo De Oro." *Bulletin of Spanish Studies* 87.8 (2010): 17-31.
- Powell, Brian. *Epic and Chronicle: the Poema de Mio Cid and the Crónica de Veinte Reyes*. Modern Humanities Research association, 1983.
- Smith, Colin. *Poema de mio Cid*. 26a edición, corregida y aumentada., Ediciones Cátedra, 1985.
- Velásquez, Andrés. *Libro De La Melancholía*. Ed. Felice Gambin. Viareggio (Lucca): Viareggio (Lucca) : M. Baroni, 2002], 2002.
- Zaderenko, Irene. "Plegarias y fórmulas devotas en el Poema de Mio Cid." *Olivar* 8.10 (2007): 219–42.